

esta búsqueda. Te invito también a que seas tan valiente como confiado o confiada. El que te llama no quiere otra cosa para ti que tu felicidad. Y ahí, en el diálogo de la oración con el Señor, mirando el mundo que te rodea, mirando a la comunidad cristiana que te necesita, encuentres la respuesta a la felicidad que persigues. Y si asoma una llamada que desde lo profundo te está diciendo: '¡Véndelo todo y sígueme!' (Mt 20,21), y te sientes invitado con fuerza a una entrega total y radical en el ministerio o en la vida consagrada (activa o contemplativa), no le tengas miedo. El Señor, que es quien elige, te dará la lucidez, la capacidad y la fuerza necesaria para responder. Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los elegidos. Y mientras vas de camino, sigue formándote, celebrando tu fe, compartiéndola con otros jóvenes; sigue orando constantemente, sin olvidarte de servir a las personas que más lo necesitan».

6. Los ministerios laicales

111. Si bien la misión y el carisma propio del laicado está en la secularidad, en la transformación de las realidades del mundo profesional, social, económico, cultural, científico y político, algunos, de manera expresa, están llamados a colaborar estrechamente en tareas y servicios específicos que nacen de la naturaleza misionera de la Iglesia y sus necesidades. La Iglesia del tercer milenio, como recordó san Juan Pablo II, necesita impulsar a todos los bautizados a tomar conciencia de su responsabilidad activa en la misión eclesial⁶⁶. En esta corresponsabilidad, los ministerios, sean ordenados o laicales, se complementan, convirtiendo a nuestras comunidades en verdaderos signos del Reino.
112. Sueño con unas comunidades cristianas en la diócesis en las que se valoren y fomenten los ministerios laicales como expresión concreta del amor y servicio a Dios y a los hermanos de la comunidad. El Espíritu Santo suscita hombres y mujeres dispuestos a responder con generosidad y alegría a la llamada del Señor.

Estos ministerios o servicios no son algo para todos, pero hemos de evitar en todo caso, una suerte de «clericalización» de los laicos.

113. En la Iglesia, los ministerios laicales son múltiples y diversos. Hay «ministerios instituidos», como el lectorado, el acolitado o el del catequista, que se acompañan con un rito especial. Además han surgido otros «ministerios encomendados» inspirados por la creatividad del Espíritu para responder a las necesidades de nuestras comunidades en sus diferentes áreas de acción: la animación de la liturgia, la música, los ministros extraordinarios de la Eucaristía, el acompañamiento a los enfermos y a los encarcelados, la atención a los pobres, la catequesis infantil y juvenil, el acompañamiento a los matrimonios y a las familias o la educación, la formación cristiana de adultos, la promoción de la misión del laicado... Sabemos que no son simples tareas. Son misiones que se ejercen en nombre de la comunidad y que garantizan la presencia viva de la Iglesia. Conviene valorar estos servicios como encomienda. Por ello es algo que se lleva con responsabilidad, con un compromiso personal de formación adecuado y también desde la corresponsabilidad con los pastores y con quienes llevan otras tareas en sus comunidades. Son signo de una Iglesia menos dependiente de la figura del sacerdote y más corresponsable. Hoy, cada vez más, se espera de las personas encargadas de estos ministerios la capacidad de trabajar en equipo y de manera coordinada, no solo a nivel parroquial, sino también a nivel zonal o diocesano.
114. Sueño en concreto con dos ministerios específicos y tal vez novedosos para la vida de nuestras comunidades: el ministerio de la acogida y de la escucha, en el que quienes se acercan a nuestras comunidades puedan encontrar el consuelo y la cercanía que necesitan. Por otro lado, el ministerio del duelo, que acompañe y ayude a vivir en la Esperanza el momento crucial de la muerte y la pérdida de nuestros seres queridos, asistiendo a las familias incluso en los servicios religiosos.

7. Diaconado permanente

115. En nuestra diócesis, el ministerio del diaconado permanente, aun aprobado por mis antecesores, ha sido escasamente promovido y poco desarro-

⁶⁶ Cf. San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo millennio ineunte* (2001), n. 46.

llado. Quizá no se ha tenido claro cuál es el servicio al que el diaconado apunta desde los comienzos de la historia de la Iglesia y hemos de rescatar su sentido más genuino. Sueño en un mayor desarrollo de este ministerio en nuestra Iglesia diocesana. Conocer bien la razón del diaconado permanente y su quehacer, tal y como nos lo señala el magisterio de la Iglesia, nos ayudará en este sentido. No se trata de que los diáconos «visitan» los altares o las celebraciones más solemnes, cual acólitos más cualificados o como curas de segunda categoría. El diaconado permanente en la Iglesia es una vocación, un ministerio de servicio a la comunidad con muchas atribuciones, que ha de ponerse en valor también en Gipuzkoa, como sucede en otras diócesis del mundo. El servicio de la caridad, el servicio de la Palabra y la predicación, la celebración de algunos sacramentos y la presidencia o acompañamiento en liturgias diversas, como las exequias, forman parte de este ministerio ordenado de liderazgo eclesial, reservado a varones célibes o casados. En el caso de los casados, es necesario que, para acceder a la ordenación, la esposa del candidato esté de acuerdo y acompañe esta vocación.

116. La ordenación diaconal de varones casados en nuestra diócesis haría hoy un grandísimo servicio a nuestras comunidades cristianas, pudiendo hacer servicios pastorales en cuanto a algunas celebraciones se refiere y enriqueciendo mucho a nuestras comunidades cristianas en el desarrollo de múltiples actividades y fortaleciendo los equipos pastorales. Invito a todos los hombres que puedan estar pensando en un servicio mayor a la Iglesia a plantearse este ministerio como posibilidad para sus vidas, a discernirlo ante el Señor y, si es el caso, con su familia. Igualmente, invito a las comunidades cristianas de nuestra diócesis, especialmente a los sacerdotes, a «señalar» a esos hombres probados, casados y padres de familia mayoritariamente, que pudieran ser invitados a acoger este ministerio en sus vidas. Realizada la propuesta a los posibles candidatos, valoraríamos su disposición y comenzaríamos un prudente proceso de discernimiento, acompañamiento y formación. Los diáconos ejercerían el ministerio en su ámbito cercano de vida familiar, en el entorno de su arciprestazgo, colaborando con las parroquias, equipos pastorales

y sacerdotes en la zona. ¿Sería mucho soñar con una docena de hombres para este ministerio ordenado en la diócesis? Sería un fruto precioso de este *Año Santo* jubilar.

8. Educación católica

117. En nuestra sociedad hay valores y valores. Para nosotros, el Evangelio es nuestra referencia y ha de ser una brújula clara. Él es el que nos da la identidad y fragua en nosotros nuestra pertenencia a la Iglesia. Si bien la familia es la primera educadora de la fe y lugar natural donde se siembran los valores, la escuela católica los apoya, los acompaña, los hace crecer. En los colegios de identidad católica se anuncia el Evangelio directa e indirectamente, a través de la acogida, del trabajo en la diversidad, la solidaridad, el servicio. También a través de la enseñanza de la religión en el aula, las celebraciones en torno a las fiestas y tiempos litúrgicos. En la escuela católica las oportunidades para la evangelización de niños, jóvenes y, sobre todo, de las familias, son enormes. Si hay un lugar donde están los niños y los jóvenes es en la escuela. Se trata de un lugar idóneo para la siembra del Evangelio. Al menos, teóricamente, porque no se hace fácil la propuesta cristiana clara y directa. Es de valorar el gran esfuerzo de las congregaciones religiosas femeninas y masculinas por mantener hermanos y hermanas en el área pastoral de los centros escolares y por promocionar la labor de laicos en colaboración. Con todo, la debilidad de los equipos pastorales en los centros sigue siendo un desafío a superar. Quisiera hacer una llamada a tantos profesores y profesoras creyentes y vocacionados de nuestros centros a que se unan y se animen a formar parte de esos equipos pastorales, o a que se organicen y se creen dichos equipos si no los hay en cada centro. Trabajar con un proyecto pastoral, unidos y apoyados en compañeros y compañeras comprometidos en ello, se hace indispensable. El Evangelio no será anunciado en la escuela sin educadores comprometidos en la evangelización de los niños y jóvenes. Por otro lado, hay un grupo de profesores héroes que dan clases de religión católica en la escuela pública. Ellos hacen un papel inmenso de presencia y de testimonio de la fe en circunstancias especialmente difíciles y de frontera. A ellos mi cariño especial. La diócesis quiere estar a vuestra disposición para acompañaros en esta tarea.